

REDACCIÓN Y ADMINISTRACION
CONDE DUQUE, 32, DUPLICADO

15 CÉNTIMOS NUMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2'50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
De ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2'50 pesetas.

NUMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS

ESTE PERIODICO SE COMPRO, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EN MADRID.....
Un mes..... 1 peseta
Trimestre..... 2,50
Año..... 10

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EN PROVINCIAS.....
Un Trimestre..... 3 pesetas
Semestre..... 6
Año..... 12

¡PÍCARO!

No nos referimos á Guzmán de Alfarache, ni al lazarillo de Tormes, ni á Gil Blas de Santillana, ni á Rincón y Cortadillo, ni, en una palabra, á ninguno de los infatigables héroes de aquella regocijada novela picaresca, espejo fidelísimo que nos ha transmitido la imagen sin mancha de la morigerada, pia, devota y santa sociedad española de los buenos tiempos de la monarquía y de la fe. El pícaro de que aquí se trata, el que puede dar quince y raya á todos los dechados de la picardía y á todos los genios de la hampa, es sencillamente el liberalismo. Lean ustedes, si á tanto su paciencia alcanza, el sonoro Manifiesto de los carlistas, y allí verán un compendio y suma de la vida y milagros de esa especie de novísimo Monipodio.

El liberalismo no ha dado al pueblo otra libertad si no es la de crucificar á Cristo; las libertades verdaderas, las auténticas, las legítimas, las disfrutó el pueblo español bajo Torquemada y Felipe II, tiempos benditos que los carlistas pretenden restaurar todo, menos en el poderío y la gloria, las cuales no se prestan á ser á voluntad restaurados. El liberalismo hace ilusoria la responsabilidad ministerial; ministros responsables lo fueron los antiguos privados, los Lerma, Uceda, Olivares, Nithard, Venzuela, Godoy Calomarde y demás brazos derechos de nuestros monarcas augustos.

El liberalismo ha prostituido las Cortes; las buenas eran las antiguas, aquellas viejas Cortes de procuradores incorruptibles, que se dejaban comprar en Santiago por los agentes de Carlos V; aquellas que los monarcas convocaban solo para pedirles dinero, que no tenían otro derecho sino el de elevar al trono reverentes súplicas, casi sin excepción desoída, y que, así y todo, parecían á los reyes tan enojosas é importunas, que después de haberlas desatendido siempre y humillado, acabaron por abolirlas de hecho, dejando de convocarlas y secando así la fuente de donde brotó para el pueblo inglés su envidiable libertad política.

El liberalismo ha entronizado la centralización y matado en flor esas franquicias regionales y municipales á que se mostraron tan afectos nuestros graciosos soberanos, como puede atestiguarlo, además de las sombras de Padilla, Bravo y Maldonado y la cabeza de Lanuza, las comunidades de Castilla, las germanías valencianas y la famosa ley de Nueva planta, con que el primer Borbón vengó en las libertades de media España una desafección dinástica.

El liberalismo ha entronizado la inmoralidad; administraciones integérrimas lo fueron las de los Lermas y Olivares, cuando se vendían los cargos y las encomiendas, percibiendo el primer ministro su parte correspondiente; cuando los favoritos acumulaban enormes fortunas, mientras el ungido Señor, lleno de bastardos, se entretenía en aventuras galantes en que figuraban como protagonistas tan pronto damas linajadas, como plebeyas comediantas y hasta esposas de Jesucristo.

El liberalismo ha puesto en peligro la integridad nacional; achaque viejo y maña antigua en quien perdió el Portugal en manos de aquel liberalote de Olivares; y Nápoles, con todas nuestras posesiones de Europa, Gibraltar inclusive, en tiempos del progresista Felipe V, y toda nuestra América continental, por efecto de la demagogia liberalista de Fernando VII.

El liberalismo nos ha humillado ante el mundo; cosa doblemente amarga cuando se recuerda el lustre y los prestigios que dieron á la patria sus monarcas, ora constituyéndola en instrumento de los designios austríacos, ora sujetándola á los pactos de familia; tan pronto haciéndola juguete de las influencias que se disputaban su posesión, cabe el lecho de muerte del inclito Carlos II, tan pronto entregándola al extranjero, como lo hicieron Carlos IV y su interesante primogénito.

El liberalismo, en fin, ha dilapidado la fortuna pública; los reyes absolutos fueron de ella económicos, como lo prueba la abundancia en que ha nadado siempre el pueblo español, el desahogo en que siempre ha estado aquí el Tesoro, las fiestas espléndidas en que los monarcas desmentían la pretendida miseria general, la desaparición súbita en sus ma-

nos del oro de los galeones de América, la confiscación frecuente de las fortunas particulares para el real servicio, la constante falsificación de la moneda y otros muchos hechos á este tenor. A bien que los carlistas están autorizados para hablar de nuestras trampas; ellos, que ninguna parte han tenido, según es notorio, en las guerras civiles á que se debe principalmente nuestra ruina.

Para poner un término á tantos daños, el partido carlista se propone pura y simplemente tomar en vilo á la España contemporánea y trasladarla al siglo XVI. Pues aquel siglo fué para nosotros tan glorioso; lo que procedió es vivir en él y no este de hierro en que vivimos. Hijos sumisos de la Iglesia, los carlistas quieren protegerla, aun contra su voluntad. Poco se les da á esos católicos de las reiteradas pletorias rendidas por el episcopado español a las instituciones actuales. Nada les inquietan las insistentes y repetidas desautorizaciones del Vicario de Cristo. Ellos siguen erre que erre, obstinados en dar á León XIII taza y media de absolutismo. Sin duda en punto al modo de tratar á los pontífices, los partidarios de Chapa recuerdan las santas tradiciones monárquicas; Carlos V haciendo saquear á Roma y dejando escarnecer á la religión y á sus ministros por las hordas del traidor Borbón; Felipe II haciendo insultar á Su Santidad por el duque de Alba; Felipe V interrumpiendo durante muchos años toda relación con Roma; Carlos III defendiendo á todo trance las regalías de la corona. Una política semejante anuncia desde la víspera en sus relaciones con el papado el glorioso Carlos VII.

Cualquiera diría que estos caballeros manifestantes no toman al resto de los españoles por locos, dementes, idiotas ó desmemoriados, absolutamente desconocedores de nuestra historia y de todo en todo ignorantes de lo que pasa en el mundo. Enseñanos el pasado que aun los aciagos tiempos presentes de ruina, corrupción y decadencia pueden pasar por una edad de oro si se les compara con los de Carlos II, Carlos IV y Fernando VII. El espectáculo del mundo cunto patentiza que ya á la hora actual no hay sobre la luz de la tierra una sola nación, si se exceptúa esta triste España, donde piense nadie en volver á lo que fué, donde existan hombres y partidos tan ciegos, tan insensatos que busquen el remedio de los males del presente en una absurda é imposible resurrección de lo pasado.

No á ese asendereado liberalismo que en España no ha imperado nunca, que ha pasado siempre á modo de fugaz meteoro por entre las brumas de nuestra historia constitucional para disiparse al punto como relámpago en noche oscura; á las funestas, á las malditas influencias de una viciosa tradición son imputables todos los males que padecemos. Atribuirlos al liberalismo, que es de ellos víctima, equivale á acusar al Cristo de los azotes que le dan. Liberal de tradición es Inglaterra, sin que eso le haya impedido ser un gran pueblo. El liberalismo reina en la Francia actual, próspera, rica, feliz bajo su tercera y definitiva República. De lo que aquí pretenden los carlistas sólo Turquía ofrece en Europa un ejemplo que avergüenza á Europa.

Y, en suma, ¿quienes sino los carlistas son los que sostienen este régimen menguado y podrido de la mentira liberal? Pues qué, si esos elementos infaustos no pesaran con toda su pesadumbre del lado de la reacción, ¿duraría una hora el sistema imperante? ¿Son ellos otra cosa sino la guardia negra, el ejército de reserva que tiene lo existente para estorbar hoy la revolución con la amenaza de la guerra civil y mañana, si la revolución triunfara, aplastarla con el peso de la civil discordia, á fin de preparar otra peor á la sombra del desaliento nacional, una nueva restauración? Los mismos firmantes del Manifiesto, ¿qué hacen sino secundar esa política rechazando para hoy la acusación de acometer lo que ellos llaman «empresas prematuras» é insinuando que esas empresas se hallarán en sazón el día que el pueblo español reivindique su soberanía? Si esto no es malicia, de cierto es exceso de simplicidad. Al lado de tales políticos el propio Cánovas resulta un verdadero Maquiavelo.

¡Triunfar! A tal punto han llevado las cosas estos hombres insensatos que nos gobiernan, que ya todo se juzga aquí posible. Entre los mismos delirios de una política que se descompone, ante la glacial, la aterradora indiferencia de una opinión que parece muerta, cabe dar

ascenso á la posibilidad de que los enemigos de la libertad atraviesen el mar de sangre que les separa del poder, profanen las tumbas de nuestros padres, restauren el pasado, retrotraigan la historia y pongan su planta sobre el cuello de la España liberal, sin que para combatirlos se alcen las piedras y los muertos dejen sus sepulcros. Pero si esa vergüenza suprema nos estuviere reservada, si diéramos al mundo el espectáculo de tanta degradación, si estuviéramos destinados á oír reproñucirse á principios del siglo XX el grito de ¡vivan las caenas!, cuantos de entre nosotros no hubiesen dado su vida para impedirlo, tendrían que emigrar en masa de esta tierra deshonrada, sacudiendo en la frontera hasta el polvo de los zapatos.

Alfredo Calderón.

ESTO SE VA

Estamos ya donde ni era presumible que llegáramos. Liberales y conservadores, perdido todo pudor, acaban de darse un abrazo, si funesto para el país, no menos funesto para ellos mismos.

Con la aprobación de las actas de diputados á Cortes por Madrid, y la del proyecto de auxilios á las Compañías de ferrocarriles, han puesto digno remate á sus tareas parlamentarias esos dos partidos, que no parecen tener otra misión que la de provocar el escándalo y excitar la cólera del país.

No es ya posible ni que unos gobernantes lleguen á más, ni un pueblo á menos.

Veinte años de paz no han servido á los unos sino para burlarse de los otros, y al otros para sufrir con paciencia vergonzosa las sangrientas burlas.

Abandonadas las colonias á frailes ó á bandidos, se revuelven hoy contra el látigo del tirano y representan sus luchas, en el fondo, la protesta de la nación entera contra una caduca monarquía que no se resigna á morir sola y quiere arrastrar cuanto la rodea á su sepulcro.

La guerra de Cuba es hoy separatista; no lo fué en su principio. Su larga duración la ha dado un carácter á que solo podían llevarla las terquedades de esos malos patriotas que insultan cuando hablan y arañan cuando acarician. No es, no, ser patriota negarse á que los pueblos sigan las evoluciones á que la ley del progreso, superior á toda mezquindad, los sujeta.

Habían sido nuestros gobiernos razonables y Cuba autónoma, limpia de venales administradores, sería hoy más española que nunca.

¿Qué fueron, pues, los primeros chispazos que encendieron esa guerra que hoy nos arruina, sino simple, vigorosa protesta contra las iniuidades del actual régimen? Aún hubiera sido entonces tiempo; pero el orgullo de la ignorancia se impuso á todo. No bastó la guerra pasada para aleccionar á estos malos gobernantes. Se quiso confiarlo todo á la fuerza de las armas, y se dejó así ganar terreno á la insurrección, y la tenacidad del gobierno sirvió de gancho para engrosar las filas de los enemigos de España. He aquí el mentido patriotismo de esas gente, echando leña en el fuego que había de devorarnos.

Chispazos, porque no pueden ser otra cosa, brillan hoy en otra de nuestras colonias. No ofrecen peligro, dice el gobierno, y piensa solo en mandar unos cuantos miles de hombres que restablezcan la paz. Nada de estudiar la situación de aquellos pueblos, nada de pensar las reformas que podrían consolidar los lazos que debieran unirlos á la metrópoli. Basta con que se los desdeñe por ignorantes y poco adelantados. Es fácil hoy vencerlos y se los puede insultar sin peligro. Juega el gigante con el pigmeo y se ríe de sus diabluras y de sus impotencias, porque ese gigante es ciego y no ve que el pigmeo crecerá, y que cuando el pigmeo crezca, será gigante y gigante joven y luchador.

Pero, ¿qué más? Si esos gobernantes, por estar divorciados de todo, lo están no solo de las colonias, sino de la misma Península; si han llegado con inaudita soberbia á suponerse amos del país; si juegan con él y lo maltratan como pastor salvaje á su paciente rebaño!

Falsean la voluntad del país, y ya sin necesidad de con-

DON QUIJOTE



—¿Para qué quieren ustedes las alpargatas?
—Para... eso.



El sueño del vencedor después de la batalla.



¡POBRE ESPAÑA! ¡BUENA TE ESTÁN DEJANDO!



La pesadilla de Navarro Reverter.



Lit. de la Viuda de M. Bantita, Jefe del Vello, 22

EL GENERAL D. HORACIO SAWA
Heroico vencedor de la insurrección filipina de 1872.

saltarle resuelven su destino. Es él el primer interesado en todo, y el único, sin embargo, con que para nada se cuenta. Vengan tus hijos, se le dice un día; y se le arrebató los hijos y se los encierra en los cuarteles, y se los apila en los buques y se los lleva a la muerte, y las madres que lloran están locas, y los hombres que protestan están vendidos.

Vengan tus haciendas, se le dice otro día, y se le abruña a tributos; y se le arrebatan las tierras y se le venden las minas, y luego se reparte con prodiga mano tierras y oro y minas a compañías poderosas que, cuando más favor hacen, prestan con exagerada usura.

Vengan tus leyes, se le exige al fin, y aquí se suspenden caprichosamente las garantías constitucionales y allí se encierran periodistas y políticos y hasta personas indiferentes que no se preocupan poco ni mucho de la marcha de la cosa pública.

Y este país es el único que sufre tales demasías en silencio.

Si los republicanos hubieran acudido a las Cortes como su deber les ordenaba, pocos ó muchos, habrían podido más fácilmente hacer llegar su voz al país para tenerlo alerta y fija su atención en tantas iniquidades.

Los carlistas pretenden aprovechar las circunstancias para que el país los oiga. Últimamente se han retirado del Congreso. La retirada no tiene importancia alguna. Es un acto aparatoso realizado para engañar a los inocentes. No se han retirado, según propia confesión, para renunciar de hoy en adelante a las vías legales, sino solo para que conste su protesta, y nosotros podemos preguntarnos: ¿su protesta de qué? ¿Nos suponen tan cándidos que creamos en su moralidad política de sacristía? Pues qué, ¿no son ellos acaso los mismos que hoy se quejan de lo desatendida que está a su juicio la religión? ¿No son ellos los que quieren hacer las naciones feudos del Papa? ¿No son ellos los que aún suponen sobre la Iglesia y escaso el ejército? ¿No son, en fin, los que sobre todas sus decisiones colocan las de su monarca? ¿Con qué derecho protestan de los desmanes del gobierno, cuando de antemano se someten a los que pudiera cometer su rey y señor? Aprobarían cien leyes de auxilio a los ferrocarriles si su amo se lo ordenase. ¿Quiénes son ellos, gentes que renuncian a su voluntad, para sentirse incapaces de obedecer la enormidad más descabellada?

No; los carlistas no conseguirán su objeto. Es verdad que la monarquía agoniza; es verdad que sus partidos, fusionados por un pacto vergonzoso, cabrán con ella; pero no piensen los secuaces de D. Carlos que prosperarán un ápice en sus pretensiones.

El porvenir es enteró de la República, la única que ofrece horizontes de luz a esta pobre nación. Tanto es así, que puede decirse, parodiando una frase de Voltaire, que si no hubiese republicanos, sería preciso inventarlos; tan indispensables son en estos instantes para la salud del pueblo.

En cambio, a la monarquía en todas sus formas, solo le queda tiempo para desprenderse con la mirada de las ruinas que sembraron sus desaciertos y sus maldades.

F. Pi y Arsuaga.

HEROISMO Y OLVIDO

No hay que dudarle: la característica del pueblo español es la falta de memoria; ya sabemos que ese fenómeno se llama en patología, amnesia; en lenguaje mas corriente, bien puede llamarse ingratiitud.

Surge la insurrección de Filipinas, las gacetas grandes y las chicas, la prensa toda, ganosa de popularidad, se lanza a la tarea de reducir la historia a las proporciones del folletín; se habla de Cavite, de Joló, de los frailes, del capitán general, de los descubridores y los conquistadores, se invade la ciencia y se hacen consideraciones etnológicas, se asalta la filosofía y se establecen distingos de moral; se habla de todo y de todos; solamente se olvidan de mentar la gran figura del esforzado varón a quien se debe el aplastamiento de la formidable insurrección de Cavite en 1872: Horacio Sawa, cuyo retrato honra hoy el Don Quijote.

Nosotros, íntimamente vinculados por razones de parentesco al héroe y al olvidado que tan amargas reflexiones nos inspira, nosotros no podemos hablar de él con la frialdad que tan bien sienta al que historia. Hubo, en la prensa toda del archipiélago, una imponente manifestación de duelo el día triste en que Horacio Sawa legó su alma al Dios en que él creía y su nombre a la Historia; en las circunstancias actuales recordarlo y transcribir algo de lo que de él se dijo el día siguiente de su muerte, no se nos antoja empresa completamente inoportuna.

Decía el *Diario de Manila*: «Horacio Sawa ha muerto! La España filipina ora de negro su historia en esta página que representa el paso del hombre a la vida del héroe, eterna como lo son todos los hechos gloriosos, y no poco lo fueron aquellos que, en penosos momentos para la lejána Madre, fueron llevados a cabo por un puñado de sus nobles hijos, capitaneados por este que hoy baja a la tumba.»

Al cubrirse de tierra el cuerpo del valiente Sawa, al desaparecer éste del mundo de los vivos, no sucederá así con su nombre, que quedará esculpido en el corazón de todos.»

«¿Por qué este recuerdo no ha de perpetuarse? Lápidas conmemorativas, lugares públicos, calles expósitas piden que el nombre de Sawa aparezca constantemente a la vista para enseñanza de generaciones.»

La *Voz de España*, con el título de *Un héroe menos*: «Ayer, poco después de las 7 de la tarde, falleció el ínclito coronel D. Horacio de Sawa, que tan brillantes páginas de gloria deja al arma de Infantería y a la historia de la Patria en estas regiones.

De complexión atlética, tan bravo y noble de corazón como nervudo y vigoroso de cuerpo, evocaba el

recuerdo de los antiguos capitanes españoles que pasaron triunfalmente por todo el mundo; su historia militar es un tejido de hazañas tan extraordinarias que parecen más propias de la leyenda que de la historia; a los 26 años era coronel de ejército por méritos de guerra y había dejado su nombre ilustrado en las campañas de Santo Domingo, en la de Cuba y en la guerra del Norte. Su nombre nunca morirá mientras haya un solo español que recuerde que a su heroico valor se debe que se dominase la sublevación de Cavite y que estas islas sigan siendo de la Patria.

Un héroe menos y también un español menos, porque era un verdadero freno a el que se apoderaba de él cuando hablaba de los enemigos de España.»

Y, por último, este recuerdo, tan de actualidad en las circunstancias presentes, consagrado al héroe en el primer aniversario de su fallecimiento por el periódico decano de la prensa filipina. «Las fechas 20 y 21 de Enero traen a nuestra memoria dos tristes recuerdos:

Uno el grito que unos infelices alucinados lanzaron en Cavite hace dieciocho años.

Otro la muerte del héroe de aquella jornada: el bravo coronel D. Horacio Sawa.

En su día pedimos que se consagrara un recuerdo imperecedero a la memoria de este valiente defensor de la noble causa. Hoy volvemos con nuestro ruego para que, como algunos colegas han indicado, secundando nuestra iniciativa, se levante un monumento en la plaza de Cavite consagrado al hombre a quien el excelentísimo señor gobernador general dió las gracias en nombre de S. M. el rey; «por haber hecho enaltecer la noble enseña de su patria, sosteniendo la integridad nacional del archipiélago.»

«Por consecuencia de su brillante comportamiento en los aciagos días 20 y 21 de Enero de 1872 (dice su hoja de servicios) salvando de una muerte cierta a la mayor parte de los oficiales y clases peninsulares del regimiento infantería de Marina y luchando contra los insurrectos de la plaza de Cavite, los oficiales de la Armada del Apostadero de Filipinas, en recompensa a tan heroico comportamiento, le manifestaron su agradecimiento regalándole, con fecha 18 de Abril de 1873, una magnífica espada de oro, acompañada de un documento firmado por la oficialidad del Apostadero de Filipinas, que así lo hace constar.»

El artículo que acabamos de extraer termina con las siguientes frases: «Este es el hombre que recordamos y para cuya memoria volvemos a pedir una consagración conmemorativa.

«Seremos más afortunados que la primera vez?»

Mas modestos nosotros, solo pedimos que al hablar de Filipinas y de Cavite, por deber, por gratitud, por justicia y por ese alto sentimiento de equidad que es el honor de las naciones y también el de los individuos, se cite el nombre de Sawa—y no más que eso; dar a su augusta sombra lo que le pertenece.

EL COLMO

Hubo un hombre en la antigüedad que, por sus singulares virtudes y a la vez por sus abundantes bienes y numerosa familia, era considerado como el más feliz de los mortales.

Queriendo el Creador aquilatar la fe de este hombre, privóle en primer lugar de sus bienes; más tarde de su salud; después de sus hijos, y por último, cubrióle de toda suerte de oprobios, sin que a pesar de todas estas desdichas, consiguiese hacerle vacilar en su fe, ni mucho menos dudar de la magnanimidad de Aquel que, al parecer, le abandonaba en momentos tan difíciles. Triunfó, pues, de todas estas pruebas, sufriendolas resignadamente, y de entonces acá, este hombre, llamado Job, por esta muestra de su fortaleza en los infortunios, se le viene teniendo por inimitable modelo de paciencia que mortal alguno haya podido emular.

Sin embargo, en nuestros tiempos hay, no un hombre, pero si un pueblo entero que como perista, va a dejar tamaño al precientismo Job, y estamos casi por asegurar que cuando allá en los siglos venideros nuestros descendientes examinen nuestra historia contemporánea, verán admirados que la virtud sublime del insigne y paciente varón es una sombra al lado de la incomparable é inimitable paciencia del pueblo a que nos referimos.

Y motivos sobrados tendrán de su admiración.

Dirán: ¿no es ese el pueblo de Numancia, de Sagunto y del Dos de Mayo, indómito siempre al extranjero yugo? ¿Qué se ha hecho de su firmeza y de su valor, tantas veces demostrados en aquellas epopeyas de su historia, para venir a ser sumiso é indiferente al poder que el azar le depara?

¿Cómo es posible que el vencedor del Islám en las Navas de Tolosa, del Imperio de Marruecos en Wad-Rás y Tetuán, haya sido humillado por cuatro desarrapadas kábilas frente a la plaza de Melilla? ¿Quién ha de creer que el que ha poseído el mayor imperio colonial y le ha regido con mano firme, haya de sufrir el desmembramiento de ese imperio, tolerando que amigos ociosos coadyuven a su completa desaparición?

Pero todavía la admiración de aquellos descendientes nuestros subirá de punto, cuando dirijan la vista hacia todos los ramos dependientes de la Administración pública, donde observarán el mismo cambio, igual marca decadente, desde el paroxismo de todos los sentidos que conducen a la práctica de las virtudes cívicas, hasta el marasmo y la indiferencia completamente con todos los malos hábitos que reportan beneficio personalísimo.

No habrá nada que, sometido a su investigación, no observe una marca de resignación, que si en circunstancias dadas puede ser señal de fortaleza y virilidad, en otras resulta lo contrario.

Es que se trata de una nación sin vida, en pleno periodo

de descomposición, cuyos elementos se aprestan a desaparecer por falta de fuerzas que los retengan?

Nada de esto. La gran masa es sana y con vitalidad sobrada para resistir crisis mayores que las que viene sufriendo. Pero su resignación ante la adversidad, su paciencia llevada a un límite rayano al estoicismo, hace que no se esfuerce para extirpar el mal que la corroe. Como Job en el muladar, sufre sus llagas y no se acuerda de aplicarles el canterio.

Hora es ya de sacudir el marasmo criminal en que este pueblo ha caído. Lo que se puede calificar de virtud individual cuando los males se estiman procedentes de lo alto, se puede y debe considerar como vileza en el pueblo, cuando sus desdichas son hijas de culpable tolerancia con sus causantes.

Mirada de lejos, quizá esta conducta pudiera ser tenida por modelo de paciencia; pero vista de cerca, merece la más amarga censura.

No se olvide, pues, que donde la paciencia traspasa sus límites comienza el envilecimiento.

¡Pobre España! Tú eres el verdadero Job—decía un ilustre pensador—de la civilización moderna, sentado a la puerta de Europa....

Aún hay tiempo, aplica el canterio a tus llagas y no vales, el dolor podrá ser intenso, pero la curación segura.

Para tus llagas morales, el canterio es la educación; para las sociales, la civilización; y para las políticas, la democracia.

Todas tus llagas reunidas tienen un nombre: *Monarquía*. Todos los canterios tienen otro: *República*.

LANZADAS

Gracias a Dios ya puede considerarse terminada la insurrección filipina.

Y ¡oh terrible coincidencia!

Los feroces mestizos han depuesto las armas al día siguiente de la clausura de las Cortes.

Si vas a Calatayud pregunta por Castellano, que quiero saber si el pobre las cuentas ha presentado.

El *Princesa de Asturias*, ac razado ó crucero ú lo que sea, ha dado un disgusto al gobierno en el acto de su botadura.

Cuando más entusiasmada estaba la comisión oficial gritando «Viva el rey» «Viva la reina» «Viva Beranger», y esperando a que el *Princesa de Asturias* se deslizase en el mar, el barquito hizo un extraño, y no hubo fuerzas oficiales capaces de echarle al agua.

En fin, que la comisión oficial se tiró una plancha, y el *Princesa de Asturias* dejó feos a los sujetos a quienes vitoreaba la comisión.

El capitán del *Laurada*, barco filibustero, ha sido puesto en libertad por las autoridades norteamericanas, a pesar de haber sido apresado con contrabando de guerra.

¡Sr. Cánovas! ¿no es este otro motivo suficiente para que saltemos por encima de todo?

Castelar, Abarzuza, Borbolla, Alvarado, ¡Jesús qué partido ¡arasa! más malol

Aunque ustedes no lo crean, aún sigue tomando el fresco en *El Abanico* nuestro querido amigo el director de *La Justicia*, D. León Vega.

¡Ah! y también siguen paseándose los infelices traficantes en carne humana, que denunció nuestro colega al hablar de la «Regluta voluntaria.»

Ya es ministro de jornada el gran conde de Tejada; ahora que diga un cualquiera, que no sirve para nada Valdósera.

Efectos del proyecto de auxilios a las empresas ferroviarias.

Por no tener cerradas las barreras, ni alumbrado el paso de nivel, ha ocurrido en la línea de Villa'va a Segovia un choque entre un tren, y un break, que ha costado la vida al conocido *sportman*, Sr. Avial.

(Se continuará en el número próximo.)

—Y de los carlistas, ¿qué?
—Pues de los carlistas ná.
—Dicen que se echan al campo
—Eso dicen, pero ¡qui-!

El Sr. Puga, fiscal del Supremo y cacique máximo en la Coruña, ha puesto como no digan dueñas al Jurado, en su discurso de apertura de tribunales.

Muy bien, muy bien D. Luciano.

Pero por favor, contéstenos a esta preguntita: ¿sabe S. S. lo que es el Jurado y para lo que sirve?

El oro filibustero-revolucionario-gubernamental ha dado una nueva representación en Lérica.

Pero gracias a la actividad de nuestra policía el pacto ha sido tremendo.

¡Que sea enhorabuena, Sr. Cos Gayón!

Diego Pacheco, impresor, Plaza del Dos de Mayo, 5.